

Antonio Caparrós. Profesor y rector de la Universidad de Barcelona*

Miquel Siguan
Anuario de Psicología
Universidad de Barcelona

Vocación de servicio

Muchos profesores de esta Universidad hemos sido antes alumnos en sus aulas. Antonio Caparrós en cambio llegó a esta casa, que con el tiempo haría suya, siendo ya un hombre hecho y derecho. Había nacido en Torres de Berrellén, cerca de Zaragoza, en el seno de una familia tradicional y conservadora en 1938, en plena guerra civil. Vivió una infancia y una adolescencia completamente normales en su pueblo natal y en Zaragoza, sin otro signo distintivo que la vitalidad y la simpatía exuberantes que le acompañaron toda su vida. Era un estudiante brillante y esto le inclinó a estudiar ingeniería; por aquellos años el ingreso en las escuelas de ingenieros era tan difícil que parecía el destino natural de los estudiantes brillantes. Pero pronto optó por otro camino.

Los que hoy entre nosotros hablan o escriben sobre los años de la posguerra insisten en los aspectos económicos, que implicaban grandes dificultades para la mayoría de la población, y en los aspectos políticos, con la discriminación o la persecución de los vencidos. Pero cualquier situación histórica es siempre muy compleja y tiene facetas muy diversas, y es cierto que muchos jóvenes que en su infancia y adolescencia habían conocido primero la guerra civil y luego la guerra mundial como espectadores se sentían impulsados a asumir actitudes heroicas lejos de la mezcla de heroísmo y barbarie que representa toda guerra, y esto en muchos casos significaba opciones religiosas. De manera que se puede decir que nunca como en aquellos años fue tan fuerte el atractivo del claustro o la llamada a las misiones en tierras lejanas. Y fue este impulso el que llevó al joven Antonio a ingresar en la Compañía de Jesús. De acuerdo con la práctica de la Compañía hizo el noviciado en Veruela y luego estudió teología en

* Este texto corresponde a una parte de la Lección inaugural del curso académico 2001-2002, pronunciada el 20 de septiembre de 2001 y dedicada al recuerdo de Antonio Caparrós.

San Cugat, el centro de estudios superiores de los jesuitas de la provincia de Aragón, así llamada porque comprendía el territorio de los antiguos reinos que habían formado la Corona de Aragón. Estudios superiores que para los teólogos de la provincia de Aragón se completaban con temporadas en Alemania y que en su caso le llevaron primero a Viena y a Munich y luego a Tubinga.

Pero en los años transcurridos entre su ingreso en el noviciado y el mayo del 68, precisamente el año en que se licenció en teología, en el mundo ocurrieron muchas cosas; en el mundo en general y también en los ambientes eclesiásticos en los que Antonio se movía y que, como es natural, le afectaron profundamente. Una crítica interna de los fundamentos de la teología surgida en ambientes protestantes llegaba con fuerza a los ambientes católicos y a la propia orden jesuítica, como puede significar la difusión de la obra de Teilhard de Chardin, pero al mismo tiempo se producía también una crítica a fondo de las posturas conservadoras en el orden social que tradicionalmente había mantenido la orden y que hacía que jesuitas influyentes se pasasen a la izquierda y que inspirasen movimientos como el de Cristianos por el socialismo. En San Cugat el joven Caparrós era sensible a estas influencias y buena prueba de ello es que pronto, con otros compañeros, instaló su residencia en un suburbio obrero barcelonés. Y algo parecido se puede decir de sus estancias en Alemania. En Tubinga la presencia de las nuevas orientaciones teológicas, especialmente la de Rahner, era muy fuerte. Y también le influyó el entrar en contacto con grupos de trabajadores españoles emigrados, muy abundantes entonces en Alemania. Al mismo tiempo se interesó por la doctrina de Freud y en general por las teorías psicoanalíticas como una nueva manera el entender el comportamiento humano. Concretamente en Viena se familiarizó con la obra de Víctor Frankl, un psicoanalista de orientación existencial muy conocido por sus reflexiones sobre sus experiencias en el campo de concentración. Pero sería vano extenderse sobre los motivos de una crisis que muchos compañeros suyos vivían en esos mismos días. Quedémonos con el dato de que el mismo año en que se licenció en teología dejó la orden.

Profesor universitario

Ya antes de que esto ocurriese había decidido acercarse a la Universidad para preparar su doctorado. Y, dado su interés por la psicología dinámica, contactó conmigo que desde hacía un tiempo ocupaba la cátedra de Psicología en la Facultad de Letras. Dado que en la Universidad de Viena él había conocido la obra de Frankl le animé a tomarla como objeto de su tesis, pero se mostraba indeciso de manera que aplazamos la decisión hasta su regreso de Alemania, decisión que finalmente recayó en la obra de Fromm. La preparación de la tesis, en una época en la que tenía otras ocupaciones a las que inmediatamente me referiré, se prolongó mas tiempo del previsto, de modo que hasta el año 1974 no pudo presentarla y conseguir así el título de doctor.

En otras circunstancias aquí podía haber terminado su relación con la Universidad, pero las circunstancias habían variado considerablemente, no sólo su

situación personal, a la que acabo de hacer referencia, sino la situación de la psicología en el contexto universitario. A comienzos del siglo XX la licenciatura general que otorgaba la Facultad de Filosofía y Letras se había desdoblado en tres licenciaturas especializadas, una de las cuales era la de Filosofía y en cuyo plan de estudios figuraba una asignatura de psicología. Muy posteriormente, al establecerse la licenciatura en pedagogía, la psicología figuró también en su plan de estudios; y, aproximadamente al mismo tiempo, apareció la psicología en el plan de estudios de medicina. Y esto era todo.

Una presencia tan reducida contrastaba con el interés que desde hacía ya tiempo demostraba la sociedad por la psicología aplicada, tanto en el campo escolar como en las empresas de cara a la selección de personal y a las actividades comerciales; un interés que había llevado, ya antes de la guerra civil, a la creación en Barcelona del Instituto Psicotécnico dirigido por el doctor Emilio Mira, y un interés que justificaba la existencia de profesionales dedicados a la práctica psicológica. El contraste entre este interés social por la psicología aplicada y su ausencia en la enseñanza universitaria es lo que explica la creación, por aquellos días, de la licenciatura en psicología.

Tanto el establecimiento de la nueva enseñanza como su rápida expansión tuvieron como primera consecuencia la necesidad de reclutar un profesorado que en muchos casos debía ser forzosamente improvisado, dada la falta de tradición de esta enseñanza. Y esto explica que a raíz de nuestras conversaciones sobre su tesis propusiese a Caparrós asumir tareas docentes en la nueva licenciatura, primero en el curso 1972-1973 encargándose de la Introducción a la psicología, y a partir del curso siguiente de la Historia de la psicología. Una enseñanza que siguió profesando durante muchos años, concretamente hasta 1994, momento en que ya siendo rector consideró que su plena dedicación al cargo le impedía asegurar normalmente la enseñanza.

Desde el primer día se entregó a la tarea docente con el mismo entusiasmo con que lo hacía todo. Los que fueron alumnos suyos lo recuerdan incapaz de mantenerse sentado tras la mesa, siempre de pie y moviéndose por el aula, entusiasmado con su discurso pero aligerando con un chiste o un comentario divertido una retahíla de datos o la aridez de un concepto, y tan atento a lo que decía como a lo que ocurría a su alrededor. Y especialmente sus alumnos de los primeros años, los de las clases a las ocho de la mañana, recuerdan la convicción con que les mostraba las distintas orientaciones de la psicología contemporánea, sus esfuerzos por hacer de la psicología una ciencia rigurosa, sus implicaciones para la vida y la sociedad y muy especialmente su simpatía por el psicoanálisis que todavía parecía tener el sabor de fruta prohibida.

Incluso centrada en la psicología moderna, la historia de la psicología era, por aquellos días, una materia prácticamente inédita y sin tradición docente, de manera que Antonio Caparrós, como otros en su misma situación, al mismo tiempo que la explicaba en clase tenía que elaborarla y así se convirtió pronto en una autoridad en este campo. Leía sin parar y absorbía información como una esponja, su familiaridad con la lengua alemana le ayudó en un terreno en el que muchos de los primeros autores eran de esta lengua, aunque posteriormente la historia se haya hecho más bien desde una perspectiva anglosajona. Y así, al cabo de poco tiempo es-

taba ya en condiciones de publicar un resumen de la historia de la psicología moderna que muy pronto alcanzó una gran difusión, ya que era prácticamente único, y que fue revisado y reeditado varias veces. Pero su tarea como historiador desborda ampliamente su práctica docente y merece un comentario específico.

Historiador de la psicología

Cuando decidió tomar como tema para su tesis doctoral la obra de Fromm no le guiaba el interés del historiador sino el profundizar en el pensamiento de un autor con el que simpatizaba intelectualmente. Fromm se había inclinado por el marxismo porque le parecía una explicación coherente de la irracionalidad y la injusticia de la sociedad contemporánea, y al mismo tiempo se había interesado por el psicoanálisis guiado también por el deseo de entender la irracionalidad en el comportamiento de los individuos. Y lo que intentaba era poner en relación estas dos interpretaciones.

Las preocupaciones de Fromm respondían a una situación histórica muy concreta: la de Alemania entre las dos guerras. ¿Por qué la mayoría de la clase media y una parte del proletariado se habían sentido atraídos por el nacionalsocialismo? La teoría marxista no era capaz de explicarlo. Para Fromm la raíz de esta incapacidad reside en el hecho de que el marxismo ha prescindido de la psicología y pretende deducir directamente los comportamientos individuales de las condiciones económicas de la sociedad. Éste es el hueco que Fromm piensa que el psicoanálisis puede cubrir. El enlace entre los dos sistemas interpretativos es el «carácter social», un término introducido por Fromm y que Antonio Caparrós adoptó como título de su tesis doctoral.

Los miembros de una misma sociedad por el hecho de que están inmersos en unas mismas condiciones económicas y políticas comparten, en mayor o menor medida, un mismo carácter social forjado y transmitido en el seno de las familias. La sociedad capitalista, como resultado de las características estructurales que analiza el marxismo, tiende a producir un carácter social definido por la alienación y por el miedo a la libertad, y sobre esta base se difunde el nacionalsocialismo y cualquier forma de autoritarismo. A partir de aquí Fromm propone una reinterpretación del marxismo presentándolo como un movimiento de liberación del hombre, como un nuevo humanismo, que enlaza con la tradición racionalista y humanista de Spinoza. Antonio Caparrós en su tesis reconoce el gran valor ético de las propuestas de Fromm, lo que explica su gran fuerza atractiva, pero, al mismo tiempo, niega su carácter científico ya que entiende que deja de lado las pretensiones de científicidad tanto del marxismo como del psicoanálisis para ponerlas al servicio de una doctrina de la salvación. No parece exagerado suponer que con ello respondía a sus propias preocupaciones y que después de escapar de una metafísica religiosa en nombre de unas doctrinas estrictamente científicas se resistiese a admitir que se las reconvirtiese en sucedáneos religiosos.

Fuesen cuales fuesen sus motivos al interpretar a Fromm, siguió interesado tanto por el marxismo como por el psicoanálisis y sobre todo por los inten-

tos de ponerlos en relación llevados a cabo por otros autores, así Reich y Fenichel en Alemania y Neville y Politzer en Francia. Su conclusión es que aunque los que simpatizaban a la vez con estas dos doctrinas lo hacían porque consideraban a ambas como revolucionarias para el individuo y para la sociedad, los intentos de relacionarlas y de integrarlas en una síntesis terminaban en fracasos porque las dos implican concepciones del mundo distintas —o quizás sería mejor decir teorías distintas sobre la naturaleza humana—, que para los psicoanalistas se funda en una experiencia individual y subjetiva mientras que para los marxistas resulta directamente de unos condicionamientos sociales. Y así concluye con mucha razón que unos y otros deberían empezar por reconocer que la naturaleza humana es a la vez y desde su raíz individual y social. Y es verosímil pensar que por aquí habría ido su pensamiento si hubiese prolongado su reflexión sobre la naturaleza de la psicología.

Pero su tarea docente a lo que le llevaba era a plantearse como tema la historia de la psicología científica en su conjunto, una tarea a la que dedicó buena parte de sus energías, con el resultado que ya he recordado de unos manuales que se han hecho imprescindibles. Pero desde el principio dejó claro que el historiador de la psicología no puede reducirse a describir con mayor o menor acierto escuelas y doctrinas y señalar sus influencias mutuas y sus conexiones, ser historiador de la psicología significa además intentar explicar su sucesión histórica.

El historiador Antonio Caparrós busca la respuesta a esta inquietud en la obra de Kuhn, que por aquellos años había alcanzado una gran repercusión con su teoría de los paradigmas científicos (*The structure of scientific revolutions*, 1962, traducida al castellano en 1971). La obra de Kuhn pretende explicar la naturaleza y la evolución de las ciencias naturales, y lo que hará Caparrós será intentar aplicar sus conceptos a la psicología y a su historia.

Para Kuhn toda ciencia se ocupa de un determinado tipo de objetos y de problemas, pero en los inicios los que la cultivan ofrecen explicaciones muy diversas y sólo cuando un científico o una escuela ofrecen una explicación que resuelve muchos problemas en un mismo campo y es aceptada por la mayoría de los científicos que trabajan en él se puede decir que la ciencia existe como tal. Cuando esto sucede, la explicación propuesta y el camino para alcanzarla se convierten en el paradigma de aquella ciencia. El paradigma no sólo define la explicación aceptable en un campo científico determinado y deja al margen otras explicaciones posibles, sino que selecciona las cuestiones planteables y deja al margen las restantes. Pero la situación resultante de la aceptación de un paradigma no es estática. Hay científicos que se ocupan de cuestiones que encajan con dificultad en los márgenes de la teoría vigente y que se esfuerzan por ampliar los márgenes del paradigma. Cuando estos esfuerzos se multiplican la ciencia entra en una etapa de inquietud y se proponen nuevas formulaciones que están en conflicto con las aceptadas, hasta que logra imponerse un nuevo paradigma sin que pueda decirse que las razones que entronizan el nuevo paradigma sean estrictamente racionales. Puede ser que se considere que la nueva teoría permite resolver problemas que la antigua no podía abordar, o que ofrezca soluciones más elegantes a problemas ya resueltos, pero sobre todo se considera que la nueva teoría permite emprender nuevos caminos y abordar nuevos campos.

Ya he dicho que la obra de Kuhn se refiere a las ciencias de la naturaleza. El mismo Kuhn considera que las ciencias del hombre están todavía en una etapa preparadigmática y que, aunque lo intentan, no han encontrado todavía el seguro camino de la ciencia. Los psicólogos contemporáneos, como es obvio, creen lo contrario y por tanto que para explicar su historia se puede apelar a las ideas de Kuhn. Antonio Caparrós no fue el primero en hacerlo pero sí es verdad que lo hizo en forma sistemática y con una fuerte originalidad.

Comencemos por notar que la psicología de la que se ocupa es la que comienza con la obra de Wundt a finales del siglo XIX, por tanto una psicología que pretende construirse como una ciencia positiva y que pretende adoptar el paradigma de la ciencia natural. Pero no cree que en estos primeros tiempos pueda hablarse de un paradigma definido y generalmente aceptado y rebate la opinión de los que creen que el funcionalismo es el paradigma de esta primera etapa. El funcionalismo es un concepto amplio que se ha aplicado a doctrinas psicológicas muy diversas. Para Caparrós la indefinición teórica de la psicología dura mucho tiempo y alcanza su punto álgido en el primer tercio del siglo XX, en lo que se ha llamado la lucha de las escuelas. Es en efecto en estos años cuando la investigación psicológica, muy rica y muy variada, se articula en torno a distintas escuelas muy diferenciadas y muy activas. Y es como consecuencia de esta lucha, y de su culminación en la llamada crisis de la psicología de los años 30, como se consolida el predominio de lo que los americanos llaman behaviorismo y nosotros conductismo como paradigma auténtico de la psicología científica.

A partir de aquí la tarea de Caparrós como historiador se centra en mostrar cómo se constituye este paradigma, cómo se modifica como consecuencia de diferentes influencias y cómo finalmente entra en crisis y es substituido por el que conocemos como cognitivismo, del que se esfuerza por mostrar las razones de su surgimiento. La transición del conductismo al cognitivismo ha sido explicada muchas veces y desde perspectivas muy diversas, pero la explicación que él propone tiene dos características que vale la pena destacar.

En primer lugar destaca el hecho evidente de que el cognitivismo aborda aspectos y niveles del comportamiento humano que el conductismo había dejado de lado y que figuran entre los más típicamente humanos, como son el lenguaje o la actividad de la inteligencia, pero añade que lo hace con el mismo rigor científico que proponía el conductismo y por tanto que más que de la substitución de un paradigma por otro podría hablarse de una ampliación del objeto de la psicología.

Pero a continuación añade que tampoco cree que con el cognitivismo la psicología haya encontrado su paradigma definitivo y por ello excluyente de cualquier otro. Y justifica esta opinión por el hecho de que incluso en los días de mayor aceptación del conductismo otras maneras de explicar los comportamientos humanos, como la psicología estrictamente fisiológica, la psicología diferencial o las distintas corrientes psicoanalíticas, e incluso la psicología comprensiva o fenomenológica, tenían partidarios y los siguen teniendo. A lo que debe añadirse la importancia de las aplicaciones de la psicología en distintos campos que en conjunto se apoyan en paradigmas muy diversos. De manera que parece razonable pensar que, frente a la ciencia natural que aspira a un paradigma único, la psicología, incluso entendida como explicación científica del comportamiento

humano, y dada la complejidad de éste, debe admitir una pluralidad de paradigmas. Pero con ello la palabra «paradigma» pierde su sentido originario y esto explica que en sus publicaciones posteriores prefiriese hablar de dominios y de *perfiles* de la psicología.

Hombre de acción y de gobierno

Cuando Antonio empezó a actuar como profesor, la vida universitaria distaba de ser normal. La oposición al régimen franquista era cada vez más fuerte y la Universidad era su primera caja de resonancia, de modo que las asambleas, los alborotos y la presencia de las fuerzas de orden público en los ámbitos universitarios eran el pan de cada día. En este ambiente revuelto, los estudiantes eran los protagonistas más aparentes pero no era menos importante la actitud de muchos profesores que, hostiles a la dictadura, deseaban la autonomía universitaria y también una Universidad más atenta a la lengua y a la cultura catalana. Y entre ellos eran especialmente activos los muy numerosos PNN, profesores no numerarios, que porque tenían una situación inestable reclamaban además un modelo universitario que les diese más estabilidad y mejores condiciones de trabajo.

En este ambiente repleto de reivindicaciones y de tensiones, Antonio Caparrós desplegó muy pronto una gran actividad. Los estudiantes advirtieron enseguida el rigor de sus compromisos y la utilidad de sus consejos. Y en cuanto a sus colegas de docencia, ya en su primer año como docente fue elegido delegado del profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras en la Junta de Gobierno de la Universidad. Unos años más tarde, cuando ya había muerto el dictador y los órganos de gobierno universitarios eran prácticamente inoperantes, se reunió un Claustro constituyente dispuesto a redactar un nuevo reglamento universitario. Él fue uno de los claustrales más activos, de modo que cuando en diciembre de 1977 el claustro eligió al Dr. Badia Margarit como rector —la primera vez en la época moderna que la propia universidad elegía a su rector— él formaba parte del equipo del nuevo rector. Igual que otros profesores no numerarios, lo hacía con la fórmula ambigua de vicerrector adjunto para salvar la dificultad legal de que los vicerrectores debían ser catedráticos numerarios. Y como yo mismo formaba parte del nuevo equipo puedo dar fe del entusiasmo con que se entregó a su tarea, tanto en los quehaceres específicos del Vicerrectorado de Profesorado, que compartía con la profesora Galceran, como en lo que eran responsabilidades conjuntas del equipo rectoral. En este sentido me limitaré a recordar su participación en la preparación de los nuevos estatutos redactados en función de la autonomía universitaria que la nueva Ley de Universidades había implantado. Era un elemento destacado en la ponencia que redactaba las propuestas, el principal protagonista a la hora de defenderlas en los plenos y fue él quien en la última sesión propuso la aprobación de los nuevos estatutos, lo que se hizo por unanimidad.

Toda esta tarea no agotaba su capacidad de trabajo. Al mismo tiempo que así participaba en las responsabilidades del equipo rectoral seguía dando sus clases de Historia de la psicología a las ocho de la mañana, mantenía el ritmo de sus

publicaciones y simultáneamente se implicaba cada vez más en las tareas organizativas de los departamentos de psicología, por entonces en plena expansión. En 1979 asumió la dirección del Departamento de Psicología General que yo había iniciado y seis años después, en 1985, justo cuando el equipo rectoral encabezado por el Dr. Badia terminaba su mandato, Antonio Caparrós fue nombrado catedrático de Historia de la Psicología después de una oposición organizada todavía al estilo antiguo por el Ministerio, pero que por primera vez se celebraba en Barcelona y que tuve el placer de presidir. Poco después fue elegido decano de la recién creada Facultad de Psicología, cargo que ocupó durante un par de años.

Fue entonces cuando el rector Bricall, que había sucedido en su puesto al rector Badia, sabedor de su capacidad de trabajo y de la eficacia con que había ocupado su puesto en el anterior equipo, le propuso incorporarse a su equipo como vicerrector de profesorado, esta vez no como adjunto sino con competencia plena y responsable exclusivo, una tarea a la que se entregó con entusiasmo durante seis largos años y que le dio un conocimiento de primera mano de las intimidades de la institución universitaria.

Y fue este conocimiento y la convicción de que se veía con fuerzas para afrontar muchos de sus problemas lo que le decidió a optar a la sucesión del rector Bricall cuando éste llegó al término de su gestión. Y para dar a conocer su opción preparó un extenso documento en el que exponía por escrito un programa que se convertía así en compromiso de gestión. Y es probable que fuese este compromiso, junto con el prestigio de las personas que incorporó a su equipo, lo que asegurase su elección. Merece la pena recordar que esta costumbre de poner por escrito sus intenciones no sólo la mantuvo cuando por segunda vez afrontó las elecciones a rector, sino que la ponía en práctica en sus comparecencias anuales ante el claustro, con lo que estos escritos constituyen un conjunto extraordinariamente revelador tanto de su pensamiento sobre la gestión universitaria como de la evolución de la propia institución.

Antonio Caparrós fue elegido rector de la Universidad de Barcelona en enero de 1994 y cuatro años después fue reelegido para este puesto, estuvo pues cerca de ocho años al frente de nuestra Universidad en un tiempo en que la institución universitaria experimentaba profundos cambios. Y desde el primer momento asumió las responsabilidades que implicaba su cargo con el entusiasmo que le caracterizaba y que mantuvo hasta su último día. Una dedicación continua que configuró un estilo y que se concretó en una cierta idea de la dirección en que debía avanzar la Universidad para responder a las nuevas exigencias.

Ya en el texto de su primer programa, después de afirmar su continuidad con la tarea realizada por el Dr. Bricall, se abordan las cuestiones ineludibles en un documento de este tipo y se anuncia la preparación de unos nuevos estatutos. El anuncio responde a la necesidad de adecuar los estatutos vigentes, en cuya preparación él mismo había desempeñado un papel preeminente, a una nueva situación, como el hecho de que las delegaciones de Tarragona y Lérida se habían convertido en Universidades de pleno derecho. No se trataba por tanto de innovar sino de adaptarse a una nueva situación manteniendo el espíritu original. Y esta insistencia en la continuidad se mantendrá a lo largo de toda su actuación como rector, continuidad con la gestión de sus antecesores, los rectores Bricall y

Badia con los que había colaborado estrechamente, y continuidad mas allá de ellos con una tradición que arrancaba de la primera autonomía de la Universidad de Barcelona en tiempos de la República, una continuidad que se puede resumir en la reivindicación de la autonomía universitaria frente a cualquier presión centralizadora y uniformadora, continuidad en la reivindicación de la universidad como servicio público al servicio del conjunto de la sociedad, continuidad en la reivindicación de la catalanidad de la Universidad de Barcelona y continuidad en la reivindicación de la calidad como primera exigencia de la enseñanza y de la investigación universitarias. Pero esta insistencia en la continuidad una y otra vez repetida, no implica por su parte desconocer que la situación había cambiado profundamente y que seguía cambiando, bien al contrario; si algo puede considerarse característico de su gestión era su voluntad decidida de enfrentarse con los nuevos retos. Esta doble exigencia de continuidad y de innovación fue el eje de su pensamiento y de su actuación en todos los ámbitos de la vida universitaria, y muy especialmente en dos puntos que estaban en el centro de sus preocupaciones: cómo conseguir un equilibrio satisfactorio y adecuado a nuestros tiempos entre las tareas docentes y las tareas investigadoras de la institución universitaria, y cómo dotar a una Universidad cada vez más compleja de unos sistemas de funcionamiento modernos y eficaces compatibles con unos sistemas de gobierno y de control plenamente democráticos. Y dejo aquí estas consideraciones sobre la política universitaria de Antonio Caparrós porque en este mismo número del *Anuario* Joan Maria Malapeira, estrecho colaborador suyo durante mucho tiempo como vicerrector, tratará este tema con más profundidad y amplitud de la que yo podría hacerlo.

Pero no tendría sentido hablar de lo que pensaba Antonio de la institución universitaria sin hacer referencia a cómo la vivía. En este punto dado, en que mis palabras podrían parecer dictadas por nuestra antigua relación personal, prefiero terminar esta evocación repitiendo lo que, a raíz de su fallecimiento, dijeron sus colaboradores de muchas horas en su equipo rectoral, el actual rector Tugores y los doctores Canela y Rubiralta. «Para todos nosotros había sido y era una experiencia insólita –que nos maravillaba, y que por supuesto considerábamos fuera del alcance de cualquiera que no fuese Antonio–, visitar cualquier facultad, escuela, laboratorio de investigación o centro de gestión y de servicios de la UB y ver cómo saludaba y conocía a todos infinitamente mas allá del protocolo, y ver cómo era correspondido con un afecto, un reconocimiento y una calidez infinitamente mas allá de los debidos a su cargo. Era un amigo y un compañero de todos los miembros de la comunidad universitaria con un tono que sólo está al alcance de los auténticos líderes de un colectivo. Para todos nosotros Antonio era ‘uno de los nuestros’ en el sentido más entrañable... y si a alguien le son aplicables las palabras del poema de Machado ‘en el buen sentido de la palabra, *bueno*’ es sin duda a nuestro rector y amigo».

